

sobre la redacción del decreto; pero después de dudosas opiniones deciden al fin oírle. Entonces Lanjuinais se explica y sostiene que la cuestión suscitada es una de las más importantes á la general seguridad. «Más de cincuenta mil ciudadanos, dice, han sido encarcelados en toda la Francia por vuestros agentes, haciendo más prisiones arbitrarias en un mes que el antiguo régimen en un siglo, ¡y os quejáis de que se haya arrestado á dos ó tres hombres porque predicán el asesinato y la anarquía á dos cuartos el pliego! Vuestros comisionados son procónsules que obran lejos de vosotros, y lo permitís, ¡y habéis de desconfiar y suprimir una comisión de esta Asamblea, colocada en el seno de la misma y bajo vuestra inmediata vigilancia? El último domingo se propuso en la jacobinería hacer un degüello en París; esta tarde se comienza la misma deliberación en el club del palacio episcopal, y aunque se os manifiestan las pruebas y se os ofrecen otras, las rechazáis: ¡luego vosotros protegéis á los asesinos!» Al oír esto se reproduce el alboroto y no dejan oír á Lanjuinais. «Ya no se puede deliberar, exclama Cambón, y no hay más remedio que retirarnos á nuestros departamentos.—Se os intercepta la puerta, replica Lanjuinais.—Es falso, gritan los de la izquierda.—Ayer, añade Lanjuinais con todas sus fuerzas, no erais libres, pues estabais dominados por los predicadores del asesinato.» Entonces Legendre, alzando la voz desde su asiento, dice: «Quiéren que perdamos la sesión, y declaro que si Lanjuinais sigue mintiendo, le echo abajo de la tribuna.» Sublévase la Asamblea ante tan escandalosa amenaza; las tribunas aplauden, y Guadet pide que se consignén en el acta las palabras de Legendre, para que, haciéndose públicas, vea la Francia cómo se trata á sus diputados. Continuando Lanjuinais en el uso de la palabra, sostiene que no se ha dado el decreto de la víspera, porque los peticionarios han votado con los diputados, y aunque se haya dado debe recogerse, porque la Asamblea no era libre. «Cuando lo erais no votabais la impunidad del crimen.» Los de la izquierda gritan que Lanjuinais altera los hechos; que los peticionarios no habían votado, porque se habían retirado por los pasillos; pero en la derecha aseguran lo contrario, y, sin poder entenderse en el asunto, se pone á votación la revocación del decreto, y queda revocado por una mayoría de cincuenta y un votos. «Habéis hecho, dice entonces Dantón, un gran acto de justicia, que espero se repetirá antes de concluirse la sesión; pero si la comisión que acabáis de reponer conserva su poder tiránico, si no son puestos en libertad y vueltos á sus funciones los magistrados del pueblo, declaro que después de haber probado que somos superiores á nuestros enemigos en prudencia y miramientos, *probaremos que también lo somos en audacia y valor revolucionario.*» Entonces se pone á votación la libertad provisional de los detenidos, y queda declarada por unanimidad. Rabaut Saint-Etienne pide en seguida ser escuchado en nombre de la comisión de los doce y en el de la de salvación pública, pero no consiguiéndolo, presenta finalmente su dimisión.

El decreto quedó, pues, revocado, y la mayoría, inclinada otra vez por el lado derecho, demostraba que los decretos sólo serían de la izquierda en algunos momentos de debilidad.

Aunque los consabidos magistrados quedaron libres,

y Hebert, vuelto al Ayuntamiento, recibió coronas, sin embargo, la revocación del decreto enardeció las pasiones, y la tormenta, que parecía por un momento haberse conjurado, iba por fin á estallar de un modo más terrible.

En el mismo día se volvió á reunir en el club electoral del palacio del obispo, adonde asistían á veces varios electores, la junta que se había congregado en el corregimiento, y que no había vuelto á celebrar sesión desde que el corregidor se opuso á las proposiciones dichas de *satisfacción pública*.

Componíase esta junta de los comisionados de las secciones elegidos en los comités de vigilancia, de los comisionados del Ayuntamiento, del departamento y de varios clubs: hasta las mujeres tenían allí su representación, pues de quinientas personas las ciento eran del género femenino, á cuya cabeza se hallaba una, famosa por sus raptos políticos y popular elocuencia. El primer día no asistieron á esta reunión más que los comisionados de treinta y seis secciones, faltando por consiguiente doce que no los habían enviado, por lo cual se les dirigió nueva convocatoria. En seguida se trató de nombrar una comisión de seis individuos encargada de redactar y presentar al día siguiente el proyecto de salvación pública, separándose después de tomado este acuerdo preliminar y citándose para el siguiente día 29.

Aquella misma noche hubo gran alboroto en las secciones, pues á pesar del decreto de la Convención que mandaba se cerrasen á las diez, se prolongaban mucho más, constituyéndose á dicha hora en *sociedades patrióticas*, bajo cuyo nuevo título continuaban la sesión hasta hora muy avanzada de la noche. En unas se acuerdan nuevas exposiciones contra la comisión de los doce, y en otras se hacen peticiones á la Asamblea para que dé explicación sobre las palabras de Isnard: *París será borrado de la lista de las ciudades*.

En el Ayuntamiento, Chaumette pronuncia un largo discurso sobre la evidente conspiración que se urde contra la libertad, los ministros, el lado derecho, etc.; llega después Hebert, cuenta su prisión, recibe una corona que coloca sobre el busto de J. J. Rousseau, y vuelve de nuevo á su sección, acompañado de los comisionados del Ayuntamiento, que llevan en triunfo al magistrado, libre ya de sus cadenas.

Al día siguiente, 29, la Convención queda sumamente afligida al saber las noticias desagradables que habían llegado de los dos puntos militares más importantes: el Norte y la Vendée. El ejército del Norte había sido rechazado entre Bouchain y Cambray; Valenciennes y Cambray estaban enteramente interceptados. En Fontenay habían sido derrotadas las tropas republicanas por Lescure, que se había apoderado del mismo Fontenay; noticias todas que infundieron la mayor consternación, haciendo más peligrosa la situación del partido moderado. En tan angustiosos momentos llegan las secciones con banderas en que se ve escrito: *Resistencia á la opresión*, y las unas piden, como se había anunciado la víspera, que se expliquen las palabras de Isnard, mientras las otras declaran que sólo el pueblo es ya inviolable y que, por consiguiente, los diputados que han intentado armar á los departamentos contra París deben ser sometidos á juicio, la comisión de los doce suprimida, y organizarse además un ejército revolucionario.

No era menos expresiva la sesión de los jacobinos, pues por todas partes se decía que había llegado la hora, y que era, en fin, preciso salvar al pueblo; y así que se presentaba algún individuo para proponer los medios que debieran emplearse, se le remitía á la comisión de los seis, nombrada en el club central, pues éste decían que estaba encargado de remediarlo todo, ideando medios de salvación pública. Legendre, queriendo hablar de los peligros del día y de la necesidad de apurar los medios legales antes de recurrir á los violentos, fué tratado de *pusilánime*. Robespierre, sin más explicación, dijo que correspondía al Ayuntamiento *unirse íntimamente con el pueblo*; que en cuanto á él, era incapaz de indicar los medios de salvación, pues esto no era dado á un hombre solo y mucho menos á él, fatigado como estaba de cuatro años de revolución y consumido por una fiebre lenta y mortal.

Grande efecto produjeron estas palabras del tribuno, arrancando vivos aplausos, pues bastante indicaban que él se atenia, como todo el mundo, á lo que las autoridades municipales hiciesen en el palacio episcopal, cuya junta se había reunido otra vez, mezclándose en ella, como el día anterior, muchas mujeres. Tratóse en primer lugar en esta asamblea de tranquilizar á los propietarios, jurando respetar sus intereses, como decían se había hecha el 10 de agosto y 11 de julio, é inmediatamente se prestó juramento de respetarlos en 31 de mayo de 1793. Después de esto dijo Dufourny, individuo de la comisión de los seis, que sin un comandante general de la guardia parisiense era imposible responder de los resultados, y que por lo tanto era preciso pedir al Ayuntamiento nombrase uno inmediatamente. Una mujer, la célebre Lacombe, tomó la palabra é insistió en la proposición de Dufourny, declarando que sin prontas y enérgicas medidas no era posible salvarse. Enviáronse, pues, al punto comisionados al Ayuntamiento, pero éste respondió lo mismo que Pache, que hallándose prescrito en los decretos de la Convención el modo de nombrar comandantes generales, ésta le prohibía nombrarle por sí mismo, y que sólo podía emitir su voto en el particular, lo cual era invitar al club á que incluyese este nombramiento entre las medidas extraordinarias de salvación pública de que estaba encargado. La junta resolvió entonces invitar á todos los distritos del departamento para unirse á ella, y envió diputados á Versalles, exigiendo una ciega confianza, en nombre de los seis, y la promesa de ejecutar sin examen ninguno cuanto propusieran. Prescribióse el silencio en todo lo que se refería á la gran cuestión de *los medios*, y se fijó el día siguiente, á las nueve de la mañana, para empezar una sesión permanente que debía ser decisiva.

La comisión de los doce y también la de salvación pública lo habían sabido todo aquella misma noche, sospechando además, por un pasquín impreso aquel día, que en Charentón había conciliábulos donde se hallaban Dantón, Marat y Robespierre. La comisión de salvación pública, aprovechándose de un momento de ausencia de Dantón, mandó al ministro del Interior que hiciese las más activas diligencias para descubrir este oculto conciliábulo; pero nada se averiguó, lo cual prueba que el rumor era falso, y que, al parecer, todo se hacía en la junta del Ayuntamiento. Robespierre de-

seaba con ansia una revolución formalmente dirigida contra sus antagonistas los girondinos; pero no tenía necesidad de comprometerse por ella, pues le bastaba no oponerse, como varias veces lo había hecho durante el mes de mayo. En efecto, su discurso en los jacobinos, donde dijo que el Ayuntamiento debía unirse al pueblo, y dar con los medios que á él no le habían ocurrido, era un verdadero consentimiento en la sublevación; consentimiento que era suficiente, pues harto fuego había en el club central para ser necesario que él lo atizase. En cuanto á Marat, favorecía el movimiento con sus folletos y sus diarias escenas en la Convención, pero no formaba parte de la comisión de los seis, verdaderamente encargada del movimiento. El único hombre á quien pudiera conceptuarse autor encubierto de la sublevación era Dantón; pero no podía creerse, pues aunque deseaba que se aboliese la comisión de los doce, no hubiera querido, sin embargo, que se tocara todavía á la representación nacional. Encontrándole Meilhán aquel día en la comisión de salvación pública, se acercó á él, le habló misteriosamente, y le dió á conocer la diferencia que los girondinos reconocían entre él y Robespierre, y la consideración con que miraban sus grandes recursos, concluyendo por decirle que podría ocupar un alto puesto valiéndose de su poder en provecho y para la defensa de los hombres de bien. Dantón, á quien conmovían estas palabras, levantó bruscamente la cabeza y dijo á Meilhán: «Vuestros girondinos no me miran con confianza.» Meilhán quiso insistir de nuevo. «No tienen confianza,» repitió Dantón, y se separó sin querer hablar más; palabras que explican perfectamente las intenciones de este hombre. Despreciaba el populacho municipal; ninguna inclinación tenía á Robespierre ni á Marat, y hubiera querido ponerse á la cabeza de los girondinos si éstos hubieran tenido confianza en él; pero su conducta y sus principios los separaban enteramente, no encontrando por otra parte, ni en el carácter ni en las opiniones de aquella agrupación política, la necesaria energía para salvar la revolución, fin primordial que anteponía á todos. Dantón, indiferente con las personas, sólo quería saber cuál de los dos partidos daría á la revolución mayor impulso. Dueño de los franciscanos y de la comisión de los seis, es de presumir que tuviera gran parte en el movimiento que se preparaba, pareciendo que por entonces sólo quería dar en tierra con la comisión de los doce, dejando para después el pensar lo que había de hacerse con los girondinos.

El proyecto de asonada se resolvió por fin en las cabezas de los conspiradores del club central revolucionario; según sus mismas palabras, no querían armar una revolución *física*, sino *enteramente moral*, respetando las personas y propiedades, é infringiendo con el mayor orden las leyes y la libertad de la Asamblea. Su objeto era constituir en insurrección el Ayuntamiento, convocar en su nombre toda la fuerza armada que tenía derecho á reclamar, cercar con ella la Convención y presentarla una exposición que en realidad sería un verdadero mandato: en una palabra, querían suplicar con las armas en la mano.

En efecto, el jueves 30 se reunieron los comisionados de las secciones en el palacio episcopal, constituyendo lo que llamaron *unión republicana*, y autorizados con plenos poderes de todas las secciones se declaran en



sublevación para salvar la causa pública, amenazada por la *facción aristocrática y opresora de la libertad*. El corregidor, constante en sus ordinarios miramientos, hace algunas observaciones sobre el carácter de esta medida; se opone á ella blandamente, y acaba por obedecer á los sublevados, que le ordenan pase al Ayuntamiento y le anuncie lo que acaban de resolver. Determinase en seguida que se reúnan las cuarenta y ocho secciones para dar su voto sobre la insurrección del mismo día, y que inmediatamente después se toque á rebato y á generala por todas las calles y se cierren las barreras. Reúnense en efecto las secciones y se invierte el día en recoger tumultuosamente el voto de asonada. La comisión de salvación pública y la de los doce mandan, en tanto, á las autoridades á adquirir noticias, y el corregidor descubre, con un sentimiento al menos aparente, el plan fraguado en el palacio del obispo; pero l'Huillier, síndico del departamento, declara abiertamente y con tranquila firmeza el proyecto de una sublevación *enteramente moral*, retirándose pacíficamente con sus compañeros.

Así termina el día; pero no bien llega la noche, cuando suena el rebato, se toca generala por todas las calles, se cierran las barreras, y los ciudadanos espantados se preguntan si otra vez se va á ensangrentar la capital con nuevos asesinatos. Todos los diputados de la Gironda y los ministros amenazados pasan la noche fuera de sus casas: Roland va á esconderse en la de un amigo; Buzot, Louvet, Barbaroux, Guadet, Bergoing y Rabaut Saint-Etienne se ocultan en una pieza interior, provistos de buenas armas y dispuestos á defenderse en caso de ataque hasta derramar la última gota de su sangre. A las cinco de la mañana salen para dirigirse á la Convención, en la que, á favor del día naciente, se reúnan ya algunos individuos llamados por las campanas. Merced á las armas que llevan descubiertas, hácese respetar de algunos grupos que encuentran en el camino y llegan á la Convención, donde había ya algunos montañeses, y Dantón que hablaba con Garat. «Mira, dijo Louvet á Guadet, qué horrible esperanza brilla en esos semblantes.—Sí, responde Guadet, hoy es cuando Claudio destierra á Cicerón.» Garat por su parte, que observaba atentamente á Dantón, admirado de hallarlo tan temprano, le dice al fin: «¿Para qué tanto ruido? ¿Qué quieren?—No será nada, responde con frialdad Dantón; habrá que dejarles destruir algunas imprentas y despedirlos luego.» Hallándose ya presentes veintiocho diputados, Fermont ocupa por un momento la presidencia y Guadet toma animoso el cargo de secretario, mientras que se aumenta el número de diputados y llega el momento de abrir la sesión.

La sublevación en tanto se consumaba en el municipio: los enviados de la junta central revolucionaria, con su presidente Dobsen á la cabeza, se presentan en la casa-ayuntamiento provistos de amplios poderes revolucionarios. Toma Dobsen la palabra y manifiesta al Consejo general que el pueblo de París, perjudicado en sus derechos, acaba de anular todas las autoridades constituidas. El vicepresidente del Consejo exige ver los poderes de la junta; Dobsen los muestra, y hallando en ellos manifiesto el deseo de treinta y tres secciones de París, declara que la mayoría de las secciones anula las autoridades existentes; por consecuencia, el

Consejo general y los secretarios se retiran, y Dobsen ocupa con los comisionados los puestos vacantes al grito de *¡Viva la república!* Después consulta con la nueva junta, y propone restituir al Ayuntamiento y Consejo general en sus funciones, puesto que ni uno ni otro han faltado jamás á sus deberes con el pueblo; y, en efecto, así se efectúa en medio de los mayores aplausos. Estas aparentes formalidades no tenían más objeto que renovar los poderes del municipio y hacerlos ilimitados y suficientes para la insurrección. Inmediatamente se propone un nuevo comandante general interino, el llamado Henriot, hombre zafio, amigo del Ayuntamiento y comandante del batallón de los descamisados. Para asegurarse luego el apoyo del pueblo y mantenerle sobre las armas mientras la agitación durase, resuelven dar cuarenta sueldos (ocho reales) á todos los ciudadanos menesterosos que estuviesen de servicio, tomándolos inmediatamente del empréstito forzoso contra los ricos: este era un medio seguro de llamar á favor del Ayuntamiento y contra los vecinos acomodados de las secciones á todos los jornaleros que aceptaban las dos pesetas tomando parte en el movimiento revolucionario mejor que ganar seis reales en su trabajo acostumbrado.

Mientras que se tomaban todas estas determinaciones en el Ayuntamiento, los ciudadanos de la capital se reunían al toque de rebato, dirigiéndose con sus armas hacia la bandera colocada en la puerta de cada capitán de sección. Muchos no sabían qué pensar de este movimiento, y otros, ignorando las medidas tomadas la noche anterior por las secciones y el municipio, preguntaban que para qué se les reunía; pero al estado en que habían llegado las cosas, ni podían obrar libremente según sus inclinaciones, ni oponerse á lo que contra su opinión se hiciera, y aunque desaprobaban la sublevación, no tenían más remedio que sostenerla con su presencia. Más de ochenta mil hombres armados circulaban por París con la mayor tranquilidad, dejándose conducir sumisos por las atrevidas autoridades que habían tomado el mando. Únicamente las secciones de la Buttes-Moulins, del Mallo y la de los Campos Elíseos, mucho tiempo hacía decididas contra el Ayuntamiento y la Montaña y algo alentadas con el apoyo de los girondinos, cuyos peligros corrían, estaban resueltas á oponerse, y se habían reunido en armas á la expectativa de los acontecimientos y en la actitud de quien, creyéndose amenazado, está pronto á defenderse. Los jacobinos y los descamisados, temerosos de estas disposiciones y exagerándolas, corrían por el arrabal de San Antonio, diciendo que estas fuerzas rebeldes iban á tremolar la bandera y escarapela blancas, y que por lo tanto era preciso trasladarse al centro de París para contener la explosión de los realistas, queriendo disparar el cañonazo de alarma á fin de hacer más general el movimiento. El cañón estaba situado en el Puente Nuevo, y el que le disparaba sin orden de la Convención tenía pena de muerte; mas Henriot, menospreciando este acuerdo, había mandado hacer fuego, á lo que el jefe del punto no quería obedecer sin la presentación del decreto; pero los enviados de Henriot, apoyados por mayores fuerzas, vencieron la resistencia de la guardia, y el estrépito del cañonazo de alarma se juntó al fin al de rebato y generala.

Reunida la Convención desde las primeras horas de

la mañana, según dejamos dicho, llamó inmediatamente á todas las autoridades para saber el estado de París. Garat, presente en el salón y ocupado en observar á Dantón, sube el primero á la tribuna y refiere lo que ya todo el mundo sabía, esto es, que se ha celebrado una junta en el palacio del obispo, la cual pide que reparen las injurias hechas á la ciudad de París y se suprima la comisión de los doce. Apenas ha acabado de hablar, cuando los nuevos comisionados, que se intitulaban administración del departamento del Sena, presentándose en la barra, declaran: que sólo se trata de una sublevación *puramente moral*, con el único fin de desagrar á la capital de los ultrajes que se le habían inferido; que reina el mayor orden; que todos los ciudadanos han jurado respetar las personas y propiedades; que las secciones armadas recorren sosegadamente la población, y que todas las autoridades reunidas se presentarían en el mismo día ante la Convención para hacer su profesión de fe y sus peticiones.

El presidente Mallarmé comunica en seguida una carta del comandante de guardia del Puente Nuevo, en que manifiesta las contestaciones que han mediado respecto al cañón de alarma, en vista de lo cual Dufriche-Valazé pide que se averigüen los autores de este movimiento, que se busque á los culpables que han tocado á rebato, y que se arreste al comandante general que ha tenido la audacia de disparar el cañón de alarma sin decreto de la Convención. A esta demanda, la tribuna y la izquierda prorrumpen en los gritos consiguientes; pero Valazé no se intimida, y dice que no le harán cambiar de carácter, porque es el representante de veinticinco millones de hombres y porque hasta la muerte cumplirá con su deber, y ruega, finalmente, que se oiga en seguida á aquella comisión de los doce tan calumniada, escuchando su informe, puesto que lo que está sucediendo es una prueba de los proyectos que había ella denunciado continuamente. Thuriot quiere contestar á Valazé, y con esto se traba la contienda y comienza el tumulto. Mathieu y Cambón procuran interponerse como mediadores, reclamando el silencio de las tribunas y la moderación de los oradores de la derecha, esforzándose en demostrar que un combate en París sería funesto á la sazón para la causa revolucionaria; que sólo la calma es el medio de mantener la dignidad de la Convención, y que la dignidad es también el único medio de hacerse respetar de los malvados. Vergniaud trata, como Mathieu y Cambón, de emplear los medios conciliatorios: dice que también él juzga mortal para la libertad y la revolución el combate que va á empeñarse, y se limita á culpar á Thuriot de haber agravado los riesgos de la comisión de los doce, pintándola como el azote de la Francia en un momento en que todos los ánimos del pueblo se dirigían contra ella. Opina que si ha cometido arbitrariedades se la debe disolver, pero oirla antes, y como su informe excitaría naturalmente las pasiones, pide que se deje para día más tranquilo esta audiencia y discusión, pues, según él, este era el único medio de conservar la dignidad de la Asamblea y de probar su libertad. Por el pronto, lo que más importaba saber era quién había dañado orden en París para tocar á rebato y disparar el cañonazo de alarma, no pudiendo prescindirse de llamar á la barra al comandante general interino. «Os repito, exclama Ver-

gniaud al concluir, que cualquiera que fuese el éxito del combate que hoy se empeñase, produciría la pérdida de la libertad; juremos, pues, mantenernos firmes en nuestro deber, y morir todos en nuestros puestos antes que abandonar la causa pública.» Todos se levantan entonces aplaudiendo, y hacen el juramento propuesto por Vergniaud. Después de esto se disputa sobre la proposición de llamar al comandante general á la barra; y Dantón, á quien en aquel momento miraban todos, pareciendo como que girondinos y montañeses le preguntasen si era el autor de los sucesos de aquel día, sube á la tribuna y al punto reina en el salón, el más profundo silencio.

«Lo primero que debe hacerse, dice, es suprimir la comisión de los doce, pues esto es mucho más importante que llamar á la barra al comandante general. Me dirijo á los hombres que tienen algunas ideas políticas: llamar á Henriot no influirá en nada en el estado de las cosas, porque no debe buscarse el instrumento, sino las causas de las turbulencias, y ésta causa es la comisión de los doce. No pretendo juzgar su conducta, ni sus actos, ni la impugno por haber dictado prisiones arbitrarias; lo que pido es sólo que se la suprima por impolítica. «¿Impolítica?, exclaman los de la derecha; no entendemos eso.»—¿No lo entendéis?, replica Dantón; pues yo os lo explicaré. Esta comisión sólo fue creada para reprimir la energía del pueblo, y la concibió ese espíritu de *moderantismo* que perderá á la revolución y á la Francia. Se inclinó á perseguir á unos magistrados enérgicos, cuyo único crimen era despertar el ardor del pueblo. Tampoco me detendré á examinar si en sus persecuciones ha obrado por resentimientos personales, pero sí expresaré que ha mostrado intenciones que hoy debemos condenar. Vosotros mismos, según el informe de vuestro ministro del Interior, cuyo carácter es tan afable, y tan imparcial é ilustrado su talento, habéis puesto en libertad á los hombres que había encarcelado la comisión de los doce; pues ¿qué hacéis con esa misma comisión si anuláis sus actos?.. El cañón se ha disparado y sublevado el pueblo; pero demos gracias á ese pueblo por su energía, interesada en la misma causa que defendemos; y si sois *legisladores políticos*, aplaudiréis su entusiasmo, enmendaréis vuestros propios yerros y suprimiréis vuestra comisión. Me dirijo, repite otra vez Dantón, á esos hombres que entienden algo de nuestra situación, no á esos seres estúpidos que en semejantes crisis prestan solamente oídos á la voz de sus pasiones. No dudéis, pues, en satisfacer á este pueblo...—¿Qué pueblo?, preguntan en la derecha.—Este pueblo, responde Dantón, este inmenso pueblo que es nuestra avanzada, que aborrece la tiranía y el cobarde *moderantismo* que debe engendrarla. Apresuraos á satisfacerle; salvadle de los aristócratas, salvadle de sus propias iras; y si cuando esté satisfecho quisieren algunos perversos de cualquier partido prolongar un movimiento que ya será inútil, París mismo les confundirá en la nada.» Rabaut Saint-Etienne quiere justificar á la comisión de los doce del concepto político, y pretende probar que nada más político que crear una comisión para descubrir los planes de Pitt y del Austria, que son los que pagan todos los desórdenes de Francia. «Fuera, gritan; quítese la palabra á Rabaut.—No, dice Bazire, dejad hablar á ese impostor, que